

I. Una ciudad en transformación, ¿una región en crisis?

Oviedo viene experimentando una auténtica eclosión de proyectos y obras (operación Cinturón Verde ferroviario, recuperación del centro histórico, peatonalizaciones masivas, embellecimiento urbano, construcción de grandes equipamientos como el Auditorio, etc), que inciden diversamente en su morfología, habitabilidad, organización interna y composición de clases, contribuyendo también a reajustar el esquema de relaciones entre la capital autonómica, la aglomeración metropolitana del centro de Asturias y el conjunto de la región. Como en otras ciudades, esas iniciativas obedecen en términos generales a una estrategia de promoción y relanzamiento económico sobre las bases del turismo, la cultura y los servicios especializados, aunque su justificación no se detiene ahí. El objetivo de estas páginas es contribuir a la reflexión sobre el papel del turismo urbano, poniendo énfasis en algunos aspectos relacionados con el medio físico por ser quizá los menos conocidos, aunque están llamados a desempeñar un papel muy considerable. Ahora bien, el fomento de la función turística, incluso si nos detenemos en los valores naturales, sólo cobra significado dentro de un contexto amplio de cambios muy heterogéneos que merece ser examinado detenidamente a la escala local. Entre otras razones porque el estudio de los casos concretos no siempre confirma el discurso dominante sobre la dinámica de la urbanización neocapitalista a la vuelta del siglo; más bien pone en entredicho la presentación selectiva y positivista de los hechos, así como el optimismo que suele impregnar el pensamiento oficial acerca de la modernización de ciudades.

Lo que Oviedo encierra de realidad compartida, una alternativa de desarrollo y unas pautas de transformación urbanística, sólo resulta aprehensible a partir del engranaje entre fuerzas generales y circunstancias específicas. El listado de singularidades no resulta precisamente corto ni anecdótico. Por un lado la política de

márketing ha llevado a mencionar la existencia de un *modelo Oviedo* de intervención en ciudades; sus ingredientes son la peatonalización, el tratamiento de fachadas con dinero público, las plantaciones de arbolado lineal y el decorado de espacios públicos. Expresión seguramente acuñada en el entorno del poder local, trascendió luego a otros medios y se ha propagado un tanto con las visitas de responsables municipales procedentes de otras regiones, así como por la reiterada presencia de Oviedo en distintos foros (*Ciudades Saludables, Ciudades libres de coches, Arco Atlántico, Vía de la Plata*). Sostener que se ha generado teoría al respecto, y confiar en su amplia trascendencia extrarregional, es fruto de una sobrevaloración de lo propio cuyo máximo exponente ha sido la candidatura de Oviedo ante la UNESCO para ser declarada Patrimonio de la Humanidad, título que hasta la fecha únicamente merecieron ocho ciudades en nuestro país. Sin entrar en debate sobre la pertinencia de tal demanda, está claro que la capital de Asturias llega más allá que otras ciudades en sus pretensiones, y ve su futuro en una mayor proyección exterior.

Tampoco participa literalmente de la situación-tipo en otros aspectos. Entre sus transformaciones predominan con creces las de carácter epidérmico o de imagen sobre las de índole estructural, siendo bien expresivos al respecto la ausencia absoluta de una verdadera rehabilitación de viviendas en el centro histórico, la anormalmente exigua producción de suelo urbano periférico, la falta de proyecto sobre el transporte público en paralelo a la peatonalización, e incluso la inactividad del parque tecnológico de Llanera, del que se anuncia su conversión en polígono industrial-terciario. Cuando se trata de obras mayores como el Cinturón Verde la búsqueda de sobrebeneficios limita la posibilidad de acometer mejoras profundas, por ejemplo la necesaria oxigenación de una trama edificada muy compacta. Y en todo caso esos cambios apenas crean ciudad, pues se vuelcan masivamente sobre el interior, dándose en-

tonces la extraña circunstancia de una política que no genera como debería tejido urbano hacia afuera, lo cual nos aleja del resto del país. Claro está que las fuerzas económicas activadas en el seno del área metropolitana provocan una intensa periferización, pero en forma casi espontánea y se diría ajena al *proyecto de ciudad* de Oviedo, circunscrito a una escala urbana tradicional que ya ha sido ampliamente desbordada por la dinámica territorial..

La última peculiaridad es el hecho de presidir una región *en crisis*, concepto este que no parece concordar con el caudal de inversiones multimillonarias efectuadas en la capital. Su posición dominante, que le permitió históricamente gestionar una parte considerable de la riqueza generada por las actividades productivas asturianas, también parece resultarle favorable en la actual coyuntura, muy adversa para las cuencas mineras o Avilés, si bien la reconversión está siendo bastante más suave de lo que se suele reconocer. Aunque los problemas existentes en su traspas introduzcan incertidumbre respecto al futuro, hoy por hoy Oviedo puede disponer de algunos fondos venidos para la reactivación económica regional, recibiendo en ocasiones el mismo trato que los municipios verdaderamente afectados. Cierta fracción de las realizaciones en curso tiene indudablemente su origen ahí; otras obras se financian en cambio con la privatización de servicios urbanos, o con la actividad urbanística municipal, incluyendo la venta de patrimonio. El modelo de intervención establecido con vistas a reforzar la capitalidad (terciario director, grandes equipamientos, cultura y turismo), parece entonces hasta cierto punto indisociable de la *crisis*: concebido para superarla, también se alimenta en parte de ella y de los espacios más directamente comprometidos con la misma.

II. La estrategia de promoción turística.

La puesta en el mercado del *producto de marca* Oviedo, asumiendo una lógica empresarial, tuvo su fase inicial en el ámbito interno. Como han señalado en abstracto MARTINEZ LOPEZ (1997), WOLFF (1997) y otros, se trata de hacer asumir a la opinión pública una idea y un proyecto de ciudad, personalizado en el actual alcalde, y que resulte comercializable den-

tro de la CE. Se construyen slóganes (*El Renacimiento de Oviedo; Oviedo Patrimonio de la Humanidad*), se explotan sabiamente los tópicos localistas (*ciudad señorial, ciudad del norte, La Regenta, capital de Asturias Paraíso Natural*), y se pone en marcha una infraestructura de comunicación que de publicidad a los logros alcanzados (TeleOviedo, Radio Vetusta). Una propuesta de esa naturaleza encuentra apoyo entre la ciudadanía desde el momento en que vende un futuro esperanzador en tiempos difíciles; mejora llamativamente el aspecto de la ciudad puesto que su fundamento es la imagen, y resuelve algunos déficits heredados, aunque no resulte muy eficaz ante los grandes problemas: empleo, vivienda, exclusión social, dinamización de barrios, integración ciudad-área metropolitana. Pero aprovecha la coyuntura dominada por el acriticismo para imponer una ideología no precisamente progresista: imagen en sustitución de contenidos, urbanismo de gastos colosales como alternativa a un urbanismo austero y solidario, gestión privada de recursos públicos.

Como toda estrategia de relanzamiento económico esta requiere grandes obras urbanas, incorporar Oviedo a diversos grupos y redes de ciudades, y convocar acontecimientos con alcance exterior (como los Premios Príncipe de Asturias). Siguiendo la secuencia temporal de las obras es preciso comenzar por el centro histórico, cuya recuperación admite una doble lectura: la dimensión cultural y digamos medioambiental tienen a su favor peatonalizaciones masivas, tratamiento de fachadas en la totalidad del caserío, puesta en valor de espacios públicos y adaptación de edificios singulares; en otro nivel deben sopesarse la vertiente mercantil y los aspectos sociales, con especulación *selecta* al calor del mercado de la vivienda antigua transformada, y *gentrificación* a expensas de antiguos pobladores o usos (barrio *chino*). Sin cuestionar los profundos avances en distintos planos, cabe interrogarse sobre un posible ocaso de los principios que alumbraron el pensamiento rehabilitador en los años ochenta, a favor de un más libre juego de las fuerzas económicas que tiene su exponente en los recientes derribos de edificios protegidos.

Algunas pautas ensayadas en el Oviedo antiguo se hicieron luego extensivas al centro

urbano, coincidente con el ensanche decimonónico, para alcanzar más tarde ciertos barrios. Allí se formaliza un patrón de obras encuadrado en Planes de Choque (13 hasta 1997), con muy voluminosas inversiones de mejora y ornamentación viarias. Hay peatonalizaciones a gran escala (alrededor de cien calles, incluyendo las de coexistencia, hasta 1997) o, en su defecto, ampliación de aceras y limitación de uso en calzadas. Se incorporan diferentes elementos decorativos seriados: farolas Fernando VII, jardineras, bancos y árboles, además de esculturas en los enclaves más céntricos; por frentes de manzana las fachadas de los edificios son objeto de restauración con vistosos colores, independientemente de su antigüedad. No todo se reduce claro está al adorno, pues los estacionamientos subterráneos paralelamente habilitados alivian en parte la congestión crónica del centro, en tanto que los nuevos equipamientos (Auditorio) se suman al resto de las iniciativas generando apreciación económica. Cuando las obras se desplazan a los barrios, preferiblemente aquellos que están conociendo mayor dinamismo (cambios de uso, derribos, sustitución de clase), también uniforman en cierto grado el mapa de los precios del terreno y favorecen la extensión de la centralidad.

La nueva imagen urbana, el patrimonio histórico y una actividad cultural parcialmente relacionada con la universidad resultan entonces las principales bazas de Oviedo, cuando los servicios y el turismo parecen perfilarse como actividades más prometedoras para el desarrollo local. Parte desde luego de una posición favorable, por la centralización de las comunicaciones y el propio hecho de la capitalidad, que se traduce en equipamientos y dotaciones de primer orden. Tiene además como traspaís una región turística, pudiendo beneficiarse indirectamente del despegue de Gijón; otros centros de atracción a escala nacional, como Llanes y Picos de Europa, resultan totalmente excéntricos a la capital, mientras un turismo rural en franco desarrollo aparece difuminado por la Comunidad Autónoma. Hasta ahora, durante la temporada estival Oviedo suscita poco más que visitas de paso, muy crecidas en número durante los últimos años, y el resto del año las convocatorias de diversa índole (desde los premios Prínci-

pe de Asturias a la temporada de ópera) tampoco garantizan una afluencia continuada.

La ciudad no carece precisamente de alicientes, aunque parece preciso reforzarlos. Entre ellos se cuentan los monumentos prerrománicos declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, un casco medieval-barroco relativamente conservado, de gran interés pero reducida extensión, y un ensanche decimonónico organizado alrededor del Campo de San Francisco con indudable calidad urbanística. El cuidado aspecto del centro histórico y el grato efecto de la peatonalización quedan no obstante en entredicho a escala de detalle por las recientes demoliciones de la plaza setecentista del Fontán y algunos edificios protegidos, sin que exista tampoco rehabilitación propiamente dicha. Fuera del centro la extrema compactación residencial y la congestión del tránsito revelan una improvisación urbanística y una interiorización del crecimiento que perjudican no poco la imagen de la ciudad. Parte de las malformaciones podrían quedar subsanadas con el suelo liberado (unas 40 Has.) en la operación Cinturón Verde ferroviario, pero los objetivos asumibles (mejor articulación interna, desahogo del casco, difuminación de la centralidad, inserción de equipamientos) quedan desleídos al aplicar parámetros de máxima rentabilidad inmobiliaria (relleno con viviendas y usos terciarios).

Parece claro que los baluartes de la promoción turística deberían ser el equipamiento cultural-museístico, el medio ambiente urbano y la puesta en valor de la aureola periurbana. En cuanto al primero no existe otro proyecto que el de alojar los fondos pictóricos de la colección Masaveu, en emplazamiento y local todavía indeterminados (tal vez las proximidades del actual apeadero de Jovellanos-FEVE); sin embargo la ciudad dispone de cierto patrimonio industrial histórico (Fábrica del Gas, Fábrica de Armas) quizá susceptible de uso cultural, en línea con la utilización de la antigua Cárcel Modelo para Archivo Histórico Provincial. Por su lado el medio ambiente urbano, al que dedicamos la parte final de este artículo, ha experimentado durante los últimos veinte años mejoras sensibles en materia de vegetación y superficies verdes (plantaciones de arbolado lineal en la red

viaria, sistema de parques periféricos). El punto de mira debe desplazarse ahora hacia los espacios seminaturales periurbanos de mayor riqueza en valores paisajísticos, ecológicos y culturales: el monte Naranco, el valle del río Nalón, la vega del Nora y las depresiones kársticas del suroeste, que ofrecen amplias posibilidades para el turismo verde y el aprovechamiento recreativo en caso de ser neutralizadas las actuales fuentes de degradación. Por ahora el mayor foco de atracción aledaño a la ciudad parece definirse en torno al núcleo balneario de Las Caldas, cuya tradicional infrautilización ha dado paso a ciertas perspectivas de desarrollo con el proyecto del campo de golf. Sin embargo la localidad más interesante del concejo es sin duda Trubia, producto ex-novo de la primera industrialización, estando la Fábrica de Armas y el poblado anejo entre lo mejor de la arqueología industrial asturiana, pendiente de recuperación.

III. Las realizaciones medioambientales en la ciudad: el arbolado de hilera.

Aparte del Campo de S. Francisco, jardín histórico por antonomasia de Oviedo, y de los parques de Invierno, Campillín y del Oeste, la ciudad dispone de otro espacio arbolado, si bien poco apreciado y desapercibido, no por ello menos interesante. Se trata del arbolado plantado en alcorques, esto es, plantíos de hilera, cuya masa forestal es del orden de 4.650 pies, alineados en 200 de las 500 vías de que dispone la red arterial.

La edad de las plantaciones lineales es desgraciadamente muy reciente, apenas se remontan a la década de los ochenta, careciéndose de ejemplares añosos, debido a la reiterada práctica de sustitución de pies sanos y bien arraigados iniciada a fines del siglo XIX y continuada durante las primeras décadas del actual; a lo que se suman las devastaciones producidas durante la contienda civil y finalmente la tendencia arboricida en el desarrollismo económico. En definitiva, el legado percibido por la democracia se resume en cifras insignificantes: en 1984 Oviedo disponía de 294 pies repartidos en doce vías públicas. La imagen dominante es la de una ciudad sin árboles, incluso el centro urbano se había convertido en un espacio desarbolado, con excepciones contadas en la calle Cervantes y el

tramo de la avenida de Galicia denominado Gran Vía (aligustres en ambas), la plaza de América y Jerónimo Ibrán (tilos).

Así pues, la política de mejora ambiental de la ciudad basada en la arboladura de las vías públicas se reinicia con el advenimiento de las Corporaciones democráticas, repoblándose aquellas calles donde el ancho de las aceras lo permitía. Dentro de este período pueden distinguirse, al menos, dos etapas bien diferenciadas. En la primera que va de 1984 a 1991 se plantan más de 2.600 árboles, repartidos en 90 calles, que embellecen no solo al centro urbano sino también las barriadas del extrarradio. Desde el punto de vista biogeográfico conviene resaltar de la política forestal emprendida el esfuerzo por dar entrada a una mayor variedad de especies, algunas del país o autóctonas como el majuelo, el serbal de cazadores, el manzano, el fresno, el abedul, los álamos y los arces, etc.; así como árboles ornamentales y exóticos como el pruno pissardii, el tulipífero de Virginia, el árbol del amor, catalpas americanas, tilos rusos y húngaros, robinia y olmo siberiano. Como resultado tiene lugar el arraigo de veinticinco especies nuevas y la llegada del arbolado, merced a una iniciativa de descentralización geográfica, a barriadas de clase media y baja, como Valentín Masip, Santo Domingo, polígono de Otero, Ciudad Naranco, Vallobín, colonia Fozaneldi, Tenderina, Pumarín, San Lázaro e incluso La Carisa.

Por último, el período que se extiende entre 1991 y 1998, coincidente con el cambio de gobierno municipal, representa una ruptura en la gestión del arbolado de hilera, al priorizarse, atendiendo a la veleidad y capricho de los cargos municipales, labores de tala y desplante de especies bien adaptadas, así como prácticas de repoblación monoespecífica, que priman el monocultivo de la especie de moda, cual es, el maganolio común. Ausente en el año 1987, el maganolio común (*Magnolia grandiflora* L.) ha alcanzado en sólo una década un total de 1.033 ejemplares (de los 4.650 árboles de que dispone la ciudad) presentes en 70 calles, lo que supone un crecimiento del 22%, y una vocación de protagonismo absoluto.

Cuestión aparte es el lugar que corresponde al magnolio en la política urbana, como inte-

grante no de un proyecto medioambiental sino de un modelo de intervención viaria esencialmente decorativo. Asociado a una serie de elementos ornamentales cuya reiteración le ha dado carácter de estereotipo (la farola fernandina, la jardinera, el banco, la baldosa, el escudo de Oviedo y la fachada coloreada), el magnolio queda reducido a la categoría y función de adorno; único ornato vegetal posible en una ciudad donde se aplican las mismas obras de embellecimiento, sin distinción, en el casco antiguo, el centro, los barrios tradicionales, los barrios de los años 60 y las urbanizaciones posteriores.

En definitiva, la actual política de plantación de árboles de hilera basada en la expansión del magnolio en detrimento de especies autóctonas (majuelos, fresnos, arces, tilos), exóticas (prunos, catalpas, liquidámbar, tulipíferos, arces negundos, etc.) y otras que pueden considerarse naturalizadas (plátanos, robinias y olmos siberianos), contribuye al empobrecimiento medioambiental, por eliminar estirpes ya arraigadas y resistentes a la contaminación, y descartar la variedad; renunciando a la posibilidad de convertir la ciudad en un pequeño jardín botánico, pese a disponer en la actualidad de un total de 61 especies arbóreas.

IV. Los espacios seminaturales periurbanos: un potencial físico insuficientemente valorado.

Si bien es cierto que el concejo de Oviedo sólo dispone de un entorno que ha merecido por sus valores naturales la catalogación como Reserva Natural Parcial (Cueva de las Caldas), conviene, no obstante, subrayar la presencia de diversos parajes periurbanos que por su singularidad paisajística e interés natural merecerían ser objeto de atención medioambiental, sobresaliendo entre otros: el Monte Naranco, los corredores fluviales del Nalón y del Nora en el istmo de Priañes, y las plataformas cársticas del SO. municipal.

El Monte Naranco, pilar tectónico de calizas y areniscas del basamento paleozoico elevado a más de 600 m de altura por la orogenia alpina, es el hito geográfico por excelencia de Oviedo, el mirador natural desde el que moradores y visitantes pueden contemplar la ciudad y sus alrededores. Prueba inequívoca de su papel

transcendental son los edificios prerrománicos de San Miguel de Lillo y Sta. María del Naranco, patrimonio de la Humanidad, así como los poblados fortificados de Pico Castiello y Pico San Pedro.

En la actualidad el Naranco es sinónimo de paraje degradado, en particular su vertiente septentrional sometida a las devastaciones producidas por la actividad extractiva a cielo abierto, sin que la meridional escape a ciertas servidumbres como la presión urbana, la explotación forestal, y sobre todo a reiterados incendios.

A fin de corregir tales males se aprobó en 1994 el Plan Especial de Protección Paisajística del Monte Naranco, aunque por el momento no ha logrado la aplicación de las propuestas más eficaces contra la degradación medioambiental, tales como la creación de una variante de la actual carretera a la cima del monte, paralización de las canteras más perniciosas y, en especial, la restauración de la cumbre del Naranco mediante un Parque Forestal.

Por otro lado, el istmo de Priañes y los tramos fluviales del Nalón y de su afluente el Nora que lo circundan, salvo en San Pedro de Nora donde sendas arterias trazan dos meandros convergentes aún en víspera de captura, definen el enclave más sobresaliente desde el punto de vista natural y paisajístico del concejo. Al valor geomorfológico de los meandros de valle descritos por ambos ríos, caracterizados por su origen estructural y escasa longitud de onda hasta el extremo de hallarse en vías de estrangulación, se añade la presencia de ecosistemas ribereños de notable singularidad ambiental, merced a la excelente situación fitosanitaria de los bosques ripícolas, en especial, de las saucedas que tapizan las orillas convexas del río Nora.

En definitiva, la plataforma calcárea de Priañes y los dos corredores fluviales mencionados constituyen zonas poco transitadas y prácticamente desconocidas por los vecinos de Oviedo, que necesitarían ser incluidas, ante la posible construcción por estos parajes de la vía rápida Oviedo-Grado, en programas de integración como espacios verdes con finalidad recreativa controlada, bien a través del Programa MABUNESCO que tiene como prioridad la recuperación de áreas naturales urbanas o engrosando la lista de la Red Natura 2000, figura de la

UE que concede la máxima protección a aquellos hábitats naturales periurbanos.

Para concluir, otro paraje relevante es el derivado de los procesos de disolución llevados a cabo durante el Cuaternario sobre las plataformas calcáreas pertenecientes al namuriense, que han dado como resultado un destacado modelado endo y exocárstico, que alcanzan su máximo esplendor en el término suroccidental del concejo. Entre las formas endocársticas predominan los sumideros o ponors, conductos de desarrollo

sinuoso o lineal, en ocasiones semifosilizados por depósitos aluviales y calcíticos, que revelan, al menos, la alternancia de condiciones climáticas húmedas y templadas, con otras frías y secas. Como elementos morfológicos exocársticos más representativos, aparte de los campos de lapiaces, dolinas y valles ciegos, debemos mencionar los poljés de Siones, La Vallina, Valdercarneros, etc., depresiones de fondo plano y rellenas de arcillas de descalcificación, delimitadas por vertientes escarpadas, que superan el kilómetro de longitud.

BIBLIOGRAFIA

- GARCIA MERINO, L.V. (1997): Naturaleza y ciudad. Presencia y significado de la naturaleza en el paisaje y en la organización del espacio urbano, Fundación Duques de Soria, Seminario de Medio Ambiente.
- GUTIERREZ CLAVEROL, M. y TORRES ALONSO, M. (1995): *Geología de Oviedo*, Oviedo, Ediciones Paraíso, 276 pp.
- LLOPIS LLADO, N. (1954): "El relieve de la región central de Asturias", *Estudios Geográficos*, nº 57, pp. 501-550.

- MARTINEZ SARANDESES, J., MEDINA MURO, M. y HERRERO MOLINA, M.A. (1992): *Árboles en la ciudad. Fundamentos de una política ambiental basada en el arbolado urbano*, Madrid, M.O.P.T., 198 pp.

- MERIDA RODRIGUEZ, M. (1995): "El relieve como elemento del paisaje urbano", *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, nº 15, pp. 465-473.